

Trump y los emperadores romanos

Luis Meana

Dice una frase de Bentham, “Adam Smith puso luz donde había humo, pero arrojó humo donde había luz”. *Mutatis mutandis*, Trump ha acabado con unos cuantos humos tóxicos: quitar del medio a un tirano, Nicolás Maduro, es un rayo de luz para el mundo; otro, cuestionar patologías ideológicas que han dominado la política occidental en las últimas décadas llevando a Europa a un callejón casi sin salida. Aporía de la que este nuevo señor feudal quiere escaparse sin miramientos, dejando a sus aliados –nosotros– abandonados a su suerte. No es especialmente estético, pero la culpa es nuestra por aferrarnos a ensoñaciones irreales fabricadas casi todas por la exangüe fe socialdemócrata.

Es cierto también que este extravagante presidente está cubriendo, con humos peligrosos, importantísimas luces democráticas. Advirtió Tucídides que se gobierna mejor con rudos que con estilistas. Puede ser. Pero Trump exagera: es el epígono estruendoso de un mal que viene de lejos, la política como espectáculo (incluso circo). Que él lleva a su extremo con una “ostentórea” manifestación de poder y prepotencia. Su anhelo es convertirse en estrella máxima del universo, “Óscar” político de cada año, en el más grande presidente de la historia norteamericana. En definitiva, egolatría. Como se ha señalado muchas veces, la democracia norteamericana contiene, en su fondo constitucional, una pulsión no consciente de convertir a sus presidentes en monarcas con disfraz republicano. A esa “faraonización” se entrega entusiasta este gobernante insólito. Que aspira a ser, como Julio César, la estrella polar del firmamento político, a la que tienen que mirar fijamente todos los navegantes/gobernantes del mundo. El problema

está en que, si la brújula está mal imantada, la nave puede acabar contra las rocas. Aunque ese circo pueda parecer un asunto secundario, mera cuestión de estilo, es de fondo. Esos comportamientos suponen una resurrección anacrónica de las cuestionables recetas del *Príncipe* de Maquiavelo: imponer, sin miramientos, sus propios intereses, aplicar la regla de que el fin justifica los medios, santificar la Razón de Estado, no reconocer más ley que la fuerza.

Actitudes faraónicas

A la vista de esa constelación política, varios historiadores alemanes se han planteado una pregunta curiosa: ¿A qué emperador romano se parece este presidente? En el *Süddeutsche Zeitung* el ensayista G. Seibt contesta: a Nerón. Por sus abundantes paralelos: avidez insaciable de aplauso, vanidosísima arrogancia de superestrella, comportamientos caprichosos, teatralización constante (como Nerón, también él podría afirmar “qué gran artista morirá conmigo”), ridiculización/vejación de predecesores y rivales, cruda falta de piedad incluso con amigos (personas o países), excentricidades como llenar de dorados la Casa Blanca (a imagen y semejanza del inmenso palacio de Nerón, la “Domus Aurea”, barrocammente sobrecargada de oro y piedras preciosas), entregarse a megalomanías (construir en la Casa Blanca una gran sala de baile, o la idea/broma de esculpir su cara en el famoso monte Rushmore). Actitudes faraónicas que chocan con el marco constitucional del que forman parte. Según Seibt, Trump no es Calígula, ni Nerón (cuyas espantosas monstruosidades describe el historiador romano Suetonio), aunque muchas veces lo parece. Manda aplicando el molde de los Estados despóticos, en los que se gobierna atendiendo mayormente a ocurrencias



arbitrarias sin otra ley que el capricho momentáneo. Por añadir algo a lo que dice Seibt, más que un presidente norteamericano parece a veces un *wesir* oriental. Hasta ha reinventado una especie de monarquía “romana” con mando a distancia (con una nada presentable virreina en Venezuela, o un posible virrey sensato para Cuba, Marco Rubio). Y todo esto en el país de los *checks and balances*. Por decirlo con palabras de Suetonio, este presidente actúa aplicando un principio nefasto: lo muchísimo que puede hacer un emperador, sin que le pase nada, si es suficientemente descarado. De esto, en España, sabemos bastante.

A quien de verdad se parece Trump no es a Nerón, sino al ‘divino’ Augusto, que instauró un nuevo orden político

Antigüedad, Mischa Meier, argumenta en el *Frankfurter Allgemeine* que si, en vez de mirar a los rasgos grotescos/carnavalescos, miramos al fondo de la cuestión, daremos con el parecido verdaderamente decisivo: a quien de verdad se parece Trump no es a Nerón, sino al “divino” Augusto, quien instauró en Roma un nuevo orden político del que se convirtió en dueño absoluto. Para lo que utilizó todo tipo de estratagemas: intrigas internas, ilegalidades deplorables, hipocresías, fraudes, eliminación de rivales (reales o potenciales), falta total de escrúpulos... A lo que añadió lo-

gros extraordinarios en política exterior: grandes conquistas (entre ellas España y Germania) o poner fin a las guerras. Todo impactante, pero ya Tácito advirtió cuál sería el coste de ese giro “revolucionario”: despotismo/tiranía. Que fue lo que ocurrió. Augusto mantuvo la fachada republicana (*Respublica Restituta*/República Recuperada), pero la dejó sin alma, es decir, vació sus instituciones. Tan grandioso cambio de época, que supuestamente iba a ser el inicio de un “siglo feliz”, acabó convirtiéndose en puerta franca para las autocracias.

Según Meier, todo esto es especialmente alocucionador para nuestro presente. El problema con Trump no es ni lo que está consiguiendo, ni lo que pueda conseguir. Está en el despotismo en el que se deleita: desangrar instituciones democráticas imprescindibles, fomentar una cultura de sumisión idolátrica, romper máximas políticas/diplomáticas contrastadas por los siglos y sustituirlas con otras “novedosas” sin acreditación histórica. Este milagroso “príncipe de la paz” y jactancioso “Padre de la Patria” (de Occidente) está fomentando aquel despotismo que tanto temieron y quisieron evitar los Padres Fundadores. Despotismo que, como describió Polibio en su teoría de los ciclos políticos, sobreviene siempre tras la degeneración de la democracia.

Por supuesto, no es la primera vez que ocurre algo así. La última, hace un siglo. Queda por saber si nosotros, al contrario que nuestros bisabuelos,

seremos capaces de neutralizar ese peligroso embrión: el absolutismo, es decir el monopolio político. Una brillante distinción del gran historiador y economista alemán –totalmente olvidado– Wilhelm Roscher (1817-1894) diferencia tres tipos de absolutismo: 1) el absolutismo confesional (Felipe II y Fernando II de Habsburgo), con el lema *cuius regio, eius religio* (“el que reina, decide la religión”, del país); 2) el absolutismo cortesano (Luis XIV) con el conocidísimo lema “el Estado soy yo”; 3) el absolutismo ilustrado (Pedro el Grande, o Federico II de Prusia) con el lema “el Rey, primer servidor del Estado”. Por lo que estamos viendo, deberían añadirse otros. Como este absolutismo narcisista-fanfarrón, cuyo lema es “yo, amo del mundo”. Variante del absolutismo democrático contra el que ya advirtió severamente Tocqueville, por ser el peor de los absolutismos. Tampoco debemos olvidar que este anarco-presidente no es causa sino efecto de los tremendos errores históricos de Europa/Occidente durante los últimos decenios. Este extraño *Imperator Caesar* republicano no es un suceso suelto y espontáneo, sino eslabón destacado de un proceso largo y profundo. Marea de la que se vale este napoleón para presentarse como *reparatio saeculum*, o remedio del siglo. Lo que, según él, le legitima para suspender el orden jurídico normal del mundo (o en términos de Carl Schmitt, para decretar el “estado de excepción”) si así lo determina “su conciencia” (sic). Forma inusitadamente atrevida de autoproclamarse conciencia del universo. Gran desmesura, incluso para un presidente tan desmesurado. Evidentemente, ese absolutismo narcisista es, si se acabase consolidando, incompatible con el pilar esencial de los Padres Fundadores norteamericanos: no hay más soberano que la ley. Por lo demás, sabemos por experiencia cómo suelen acabar estas “vistosas” revoluciones (y estos nuevos “derechos de conquista”). Mal. Ejemplos los hay en abundancia. La receta contra este peligro la dio ya en 1945 Robert H. Jackson, fiscal jefe norteamericano en el proceso de Núremberg: consiste en aplicar el rigor de la ley a todo superpoderoso que ataca los derechos de soberanía de sus vecinos. Así que el asunto está donde ha estado siempre: en quién le pone el cascabel al gato y cómo.

Escritor

Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Javier Montalvo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Biurrun. Desarrollo digital: Amparo Polo. Corresponsal económico: Roberto Casado. Redactores jefes: Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Emelia Víaña, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña), Miguel Ángel Patiño y Víctor M. Osorio

Empresas Carlos Drake / Finanzas/Mercados Laura García / Economía Juan José Marcos / Opinión Ricardo T. Lucas / Directivos Nerea Serrano Nueva York Sergio Saiz / Londres Artur Zanón / Bruselas Andrés Stumpf / Comunidad Valenciana Julia Brines / Diseño César Galera / Edición Elena Secanella



EDITORA

Unidad Editorial Información Económica, S.L.U.
Avenida de San Luis, 25 (28033 Madrid)
Teléfono de contacto: 91 443 50 00

ADMINISTRADORES

Marco Pompignoli
Laura Múgica

DIRECTOR DE NEGOCIO

Kayode Josiah

COMERCIALIZACIÓN DE PUBLICIDAD

Unidad Editorial, S.A.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD

Rafael Serrahima